

# EL COLIBRÍ

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO

EDICIÓN ESPECIAL

06 DE OCTUBRE DE 2015

Nº I

## SOPLAN VIENTOS DE GUERRA



### EL INCA TUPAC YUPANQUI INVADIÓ TIERRAS CAÑARIS

El Sapa Inca, luego de dos incursiones, sometió a los Cañaris; construyó fortalezas y trazó el camino hacia las tierras del norte. La ruta que tomaron fue por Culebrillas, donde se levantó un tambo, y en su avance hacia nuestras tierras sometieron a los Puruhaes, Chimbos, Panzaleos y otros pueblos. En Callo se levantan construcciones para alojar al Inca y a su ejército. Algunas noticias mencionan que Tupac Yupanqui y una comitiva de seguridad realizaron una incursión en territorio

carangue, cayambi y pasto para evaluar los recursos y la organización de sus poblados. El Inca ha retornado al Cuzco, y estamos a la espera de noticias provenientes de esas tierras lejanas. Podemos observar que las intenciones del invasor son claramente de conquista.

Relatos de mercaderes refieren la violencia con la que se sometió a los cañaris. Hay temor entre los habitantes, y sobre todo en los jefes de los poblados.

### LOS SEÑORES DE CARANGUE Y CAYAMBE SE REUNEN EN CASA DEL OTAVALANGO

Ante la llegada del Imperio Inca al Quynche, los angos y puentes cayambis, carangues y algunos delegados pastos fueron convocados de manera urgente por el Ango principal de Otavalo y el Puento de Cayambe, con el fin de dialogar y decidir qué medidas tomarán para

enfrentar el posible ataque de los invasores. La reunión se desarrolla en la vivienda principal del Ango de Otavalo, que se ubica cercana al lago llamado Imbag en la lengua carangue. Estamos pendientes de las decisiones que tomen.



INSTITUTO OTAVALEÑO  
DE ANTROPOLOGÍA

# EL COLIBRÍ



PROYECTO COLIBRÍ: N° I

PUBLICACIÓN DEL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA Y LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO

*Plutarco Cisneros Andrade*  
Presidente del IOA,  
Canciller de la Universidad de Otavalo

*Juan Carlos Cisneros Burbano*  
Vicepresidente del IOA,  
Vicecanciller de la Universidad de Otavalo

*Francisco Becerra Lois*  
Rector de la  
Universidad de Otavalo

TEXTOS: Plutarco Cisneros Andrade (Melchor Cotama), Fernando Jurado Noboa (Lindorfo Chicango), Diego Rodríguez Estrada (Benjamín L. Quiroga), Hernán Jaramillo Cisneros, Marcelo Valdospinos (Amauta), Juan Suarez Proaño (Llamuco), Jorge Mantilla, Guisella Carchi (Zhimasara), José Villarreal (Tachil).

CORRECCIÓN DE ESTILO: Juan Suarez Proaño

DIAGRAMACIÓN: Luis Alajo Plazas

ILUSTRACIONES: José Villarreal

Pág. 15 y 22 cortesía Edgar Cevallos

EDICIÓN: Diego Rodríguez Estrada

DIRECTOR RESPONSABLE: Plutarco Cisneros Andrade

\* *Diseño pág. 3. "Colibrí", Motivo Ornitomorfo. Fibras de Algodón. Densidad: 30 hilos /cm. Museo Arqueológico del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA)*



## NOTA AL LECTOR



El Instituto Otavaleño de Antropología y la Universidad de Otavalo decidimos efectuar un trabajo de investigación que facilitara al lector una visión panorámica de los hechos más sobresalientes que nutrieron la cultura de los pueblos asentados en el territorio que denominamos conceptualmente —hace mucho tiempo— como la Sierra Norte y que involucra al norte de Pichincha, Imbabura y Carchi y, de modo más amplio, al actual Ecuador.

Este viaje inicia en el siglo XV con la primera incursión inca, continuará con la llegada de los españoles, luego el periodo colonial y concluirá, en una primera etapa, con la creación de la República, en el siglo XIX.

Iniciamos con el número I para luego continuar en orden secuencial, respetando la cronología histórica. Cada número corresponde a un fascículo coleccionable. Los números publicados anteriormente conservan su numeración independiente, ya que pertenecen a otro período histórico.

Viajamos en el tiempo para procurar dar una visión lo más próxima a la realidad que se vivía entonces. La tarea nos exige la mayor rigurosidad posible, sustentándola en fuentes bibliográficas que testimonian largos años de investigación realizados en y desde el IOA.

Para ubicación temporal del lector, este número se sitúa alrededor de 1475. En torno a esa fecha describimos hechos que ocurrieron años atrás y que son necesarios para contextualizar los acontecimientos que a partir de entonces se suscitaron. Tomamos estudios de distintas disciplinas como la etnohistoria, la arqueología y la historia, y recurrimos a investigaciones de Waldemar Espinosa Soriano, Horacio Larraín Barros, Segundo Moreno Yáñez, Fernando Plaza Schuller, Stephen Athens, Udo Oberem, Albert Meyers, Frank Salomon, Chantall Caillavet, Cristóbal Landázuri, Victoria Uribe, entre otros, para darles forma y contenido periodístico.



# NOTAS SOBRE EL ORIGEN DE LOS INCAS

Forge Mantilla



Desde el sur llegan —cada vez con mayor resonancia— noticias, rumores y especulaciones sobre el pueblo Inca. Se sabe que aquellos hombres son los descendientes de los habitantes de Taipicala, que se vieron obligados a huir de sus tierras ante la invasión aimara proveniente de las lejanas tierras que llaman Tucumán y Coquimbo. Dirigidos por su líder, Apo Tambo, los pobladores de Taipicala huyeron por un lago que llaman Titicaca utilizando balsas construidas con aquella planta que crece en las orillas de los lagos y que nombran *tutura*. Luego, siguieron su huida por tierra, hasta llegar a Pacarictambu, en donde se asentaron provisionalmente. Cuentan que allí nació Manco Cápac, líder que cambió la historia de este pueblo.

Dicen que Pacarictambu nunca fue visto como su lugar de residencia permanente: su mirada estaba puesta en otro espacio: las tierras del valle del Cuzco. Para aquel

entonces, sin embargo, esta zona estaba ya habitada por varias etnias como los huallas, suaharseras, alcahuissas, o antasayas. El camino de los Incas hacia el Cuzco fue, por lo tanto, un recorrido de guerra, conflictos y alianzas. Manco Cápac, jefe político, militar y religioso lideró esta expedición. En primer lugar, se produjo el enfrentamiento con los huallas, quienes sufrieron una derrota total. De estas batallas, la gente recuerda el papel de Mama Huaco, una de las esposas de Manco Cápac, quien ordenó el empalamiento de múltiples huallas.

Posteriormente, los Incas se enfrentaron a alcahuissas y sahuaseras, quienes se habían unido frente a la amenaza de los invasores. Esta alianza de poco les sirvió, pues Manco Cápac los derrotó también; y de esta forma pudieron al fin asentarse en el Cuzco. Sin embargo, los que ahora se hacen llamar Incas eran todavía un grupo bastante vulnerable. No

habían logrado acumular ni el poder ni la influencia militar que ahora los caracteriza y que amenaza nuestras tierras.

Los primeros años de los Incas en el Cuzco estuvieron marcados por su fragilidad frente a otros grupos, en particular a los ayarmacas. Después de la muerte de Manco Cápac, sus descendientes Sinchi Roca y Lloque Yupanqui no pudieron extender su pequeño territorio; con dificultad lograron alianzas que permitieron su supervivencia. Es mucho después, en la época de Cápac Yupanqui, cuando los Incas empiezan a adquirir cierto poderío que les permitió soñar con mayores expansiones. Sin embargo, también empiezan a experimentar disputas internas por el poder. Asesinatos y conspiraciones no eran algo extraño

en su entorno. La violencia muchas veces se estructuraba entre las parcialidades que ellos llaman *urin* —lo bajo— y *hanan* —lo alto—.

Hubo un periodo en el que la existencia de los incas estuvo seriamente amenazada: la época del gobernante Huiracocha. Cuentan que, llegado a cierta edad, este Inca tomó la decisión de recluirse en su *llacta* de Calca —palabra con que ellos denominan a su casa—. Desde entonces, los Incas sufrieron varias invasiones y guerras que casi acaban con su linaje. Pero la historia de este pueblo cambió con la llegada del Inca Pachacútec, quien impulsó el resurgir y el renacimiento de esta gente que ahora se propone invadir, con toda su fuerza, nuestros territorios.



## HISTORIAS DEL INCARIO

*Amauta*



Como parte de mi labor en El Colibrí, fui enviado a las lejanísimas tierras de Tumibamba. Allí me esperaba nuestro contacto: Yaku Paukar; él me explicó que es un *capariscap villa*, un custodio de los hechos históricos y sociales, un guardián de la memoria. Él me indicó que la historia de su pueblo se transmite de manera oral, y que la memoria se conserva con ayuda de los *quipus*, artefactos que operan con nudos y granos de maíz.

Yaku me habló de Tupac Yupanqui y de sus ideales de expandir el dominio de los Incas. También me habló de las *Huacas*, me explicó que son lugares sagrados donde los incas veneran a oratorios, templos, cerros e ídolos. Me habló también de las *Pacarinas*, lugares que recuerdan el origen de los Incas. Me contó que hay dos Pacarinas principales: el lago Titicaca, de donde emergieron los primeros Incas, Manco Capac y Mama Ocllo; y el cerro Tamputoco, donde nacieron los cuatro hermanos Ayar.

Después de la comida, Yaku me contó la historia de Mama Rayhuana, la dueña de todas las semillas. Me dijo que era una mujer egoísta y maliciosa en extremo, pero que el *kinti* las descubrió y, en sigilo, las repartió por todo el territorio, fecundándolo. Me habló también de una importante fiesta: la Fiesta del Sol y la Cosecha. Me explicó que en toda fiesta importante se bebe *Asua*, la bebida preparada con el fermento del maíz: un líquido sagrado cuyo origen no deja de ser mítico y lejano.

Espero algún día, para futuros informes, conocer más de estas historias y visitar los lugares de los que Yaku me ha hablado. Por ahora, solo transcribo lo que mi amigo supo contarme, y sospecho que es apenas la punta de la lanza de todo lo que tenemos que aprender sobre este pueblo.

# LOS HIJOS DEL INCA PACHACÚTEC

*Llamuco*



Los cuchicheos en los mercados nunca mienten, y los caminos no ocultan secretos: las historias viajan más que la sal y los granos de maíz. Soy un simple comerciante; he cruzado páramos y ríos para llegar a estas tierras y contar todo lo que sé sobre los invasores que traen a las tierras del Ango de Otavalo la amenaza de la guerra.

En uno de mis viajes de comercio, en el valle al que han dado el nombre de Cañaribamba, escuché de la voz de un mercader de tierras del sur el nombre de Pachacútec. Relataré, ahora, lo que pude memorizar de tal encuentro:

Escuché que Pachacútec fue hijo de un señor nombrado Huiracocha, y que no era precisamente el hijo favorito ni el llamado a heredar el poder. Fue su hermano, Inca Urcu, quien sucedió en el mandato. Las historias cuentan que Urcu fue un líder deleznable y que, aprovechando esa debilidad, los Chancas, un pueblo cercano, invadieron las tierras del Cuzco. Urcu aceptó la invasión sin ofrecer resistencia.

Solo un hombre se atrevió a organizar la defensa de su pueblo: otro de los hijos de Huiracocha, nacido con el nombre de Cusi Yupanqui. Apoyado por dos guerreros a quienes la gente recuerda con los nombres de Apo Maita y Vicaquirao, llamó a la resistencia, organizó a los pocos hombres dispuestos a luchar y pidió ayuda a los pueblos vecinos.

—Simples piedras cobraron vida y se transformaron en fieros soldados que apoyaron a Cusi, destinado a triunfar

—afirmó el mercader mientras descansaba y bebía un espeso brebaje hecho de maíz. Los sacos apoyados al borde del camino. Yo escuchaba en silencio—. La batalla terminó cuando Yupanqui cercenó la cabeza del líder enemigo. Con las pieles de los guerreros vencidos se hicieron tambores rellenos de paja.

A pesar de su valor y hazaña, Cusi Yupanqui no fue reconocido como el triunfador. Su padre, el anciano Huiracocha, entregó los honores de la victoria a su hijo Urcu. Juntos, planearon la muerte de Cusi Yupanqui en una emboscada cerca de un río al que llaman Tambo. En aquella batalla, Urcu fue herido por un piedrazo lanzado por Roca, hermano de Cusi Yupanqui. Fue capturado entonces, y su cuerpo fue despedazado y arrojado a las aguas.

Muerto Urcu y avergonzado su padre, Cusi Yupanqui tomó el poder. Sus hazañas guerreras y su inteligencia como gobernante lo hicieron rápidamente popular entre su gente, digno de la memoria y de los relatos. Al tomar el mando, se llamó a sí mismo Pachacútec.

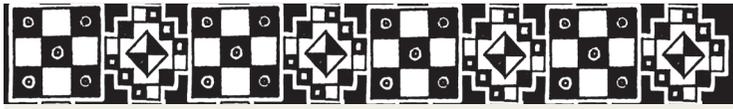
—En nuestra lengua, quiere decir “persona con quien comienza una nueva era” —me explicó el mercader.

Pachacútec emprendió conquistas al Sur, todas exitosas, y luego empezó a expandirse hacia el Norte. Imponía, masacraba, ordenaba, triunfaba. Le fue fácil acostumbrarse a celebrar victorias, y no le fue difícil olvidarse el dolor de las derrotas.

Ya entrado en la vejez, Pachacútec dejó el poder en manos de uno de sus hijos, Amaro Yupanqui. Este nuevo señor era conocedor de la guerra y muy astuto, pero carecía de la explosividad y del afán conquistador de su padre, por lo que desde el primer día lo apodaron “El bueno”.

—Al ver que sus dominios no crecían con la rapidez esperada, Pachacútec destituyó a Amaro y transfirió el poder a otro de sus hijos: Tupac Yupanqui —relató el mercader mientras cargaba sus saquillos y hacía el ademán de dejarme—.

Tupac Yupanqui era un joven apenas entrado en edad fértil, pero que cumplía con las necesidades de su pueblo: violento guerrero, dispuesto a reprimir y gobernar, con el talento para sofocar las muchas rebeliones que empezaban a surgir en los territorios conquistados. Es él, el hijo de Pachacútec, quien avanza con violencia y proyecta sobre nosotros la sombra de la guerra.



## LOS FUNERALES DEL SAPA INCA PACHACÚTEC



*Melchor Cotama*

De manos del *caparispac villa* recibimos un relato de la muerte del Sapa Inca Pachacútec. Cusi Yupanqui se llamaba, hijo de Huiracocha y *Mama Runto*. Nació en los aposentos de Cusicancha, cerca al Inticancha, el Cuzco. Se casó con Mama Anahuarque, hija del señor de Chocó. Cuando tomó posesión del ushno (trono), lo hizo con el nombre de Pachacútec. Transcribo el relato:

Una larga procesión acompaña a la momia del Sapa Inca Pachacútec. Su cuerpo viaja en hombros de importantes señores, sentado sobre su tiana. Suntuosas mantas y adornos de oro y plata recubren su cuerpo; un tocado de plumas cubre su frente y porta en sus brazos, todavía imponente, un escudo de armas. Aún conserva, visible, la herida que recibió durante la guerra con los cuyos

La momia fue llevada hasta la plaza Aucaypata. Allí, se celebraron los purucaya: ritos funerarios en los que se sacrificaron niños mientras el llanto de mujeres viajaba en el viento hacia todos los rincones del Tahuantinsuyo. Para iniciar las exequias, la momia del Sapa Inca Pachacútec se encontró, después de tanto tiempo, con la de su padre, Huiracocha.

Para cumplir con sus órdenes, la momia de Pachacútec fue llevada a Tococache, al templo que él mismo edificó en honor al Trueno. A su lado colocaron el ídolo principal de los Chancas, para que nadie olvidara que fue él quien venció a ese dios. Las vísceras del Sapa Inca volvieron a la tierra en el mismo sitio donde su madre lo arrojó al mundo el día de su parto, en la tierra que llaman Cusicancha.

Imponente, la estatua de Pachacútec vigila su legado. La llaman guaoqui Pachacuti y dicen que basta mencionar su nombre para que él escuche a quien le habla.



## MEMORIAS DE UN CAÑARI



*Zhimasara*

**F**río, soledad y miedo soporté entre las montañas para llegar a estas tierras, donde la guerra todavía es un rumor. Ahora no traigo más que el recuerdo de mis hermanos asesinados y no poseo más que mi memoria para hablar de mi pueblo y de lo que fuimos antes de la invasión de los hombres del Tahuantinsuyo.

Yo vivía en el valle que mis abuelos llamaron *Guapondelig*, pero la tierra de mi pueblo es amplia y habitada por muchos. A pesar de la distancia que existe entre asentamientos y caseríos, por toda aquella tierra se habla una lengua común; y eso nos mantiene unidos todavía, nos permite reconocernos.

Antes de la invasión, mi padre se dedicaba a trabajar el campo. ¡Cuántas veces jugué entre las altas plantas del maíz y ayudé a cosechar las papas y el ají que nos hacía enrojecer la piel! Mi padre aprendió del suyo a construir canales de piedra para conducir el agua desde los cerros hacia los cultivos. Cuando los incas dominaron a nuestra gente, se apoderaron de este método y lo incorporaron a sus cultivos. Tal vez por eso se llevaron a mi padre, junto a tantos otros, hacia sus tierras, en el Sur.

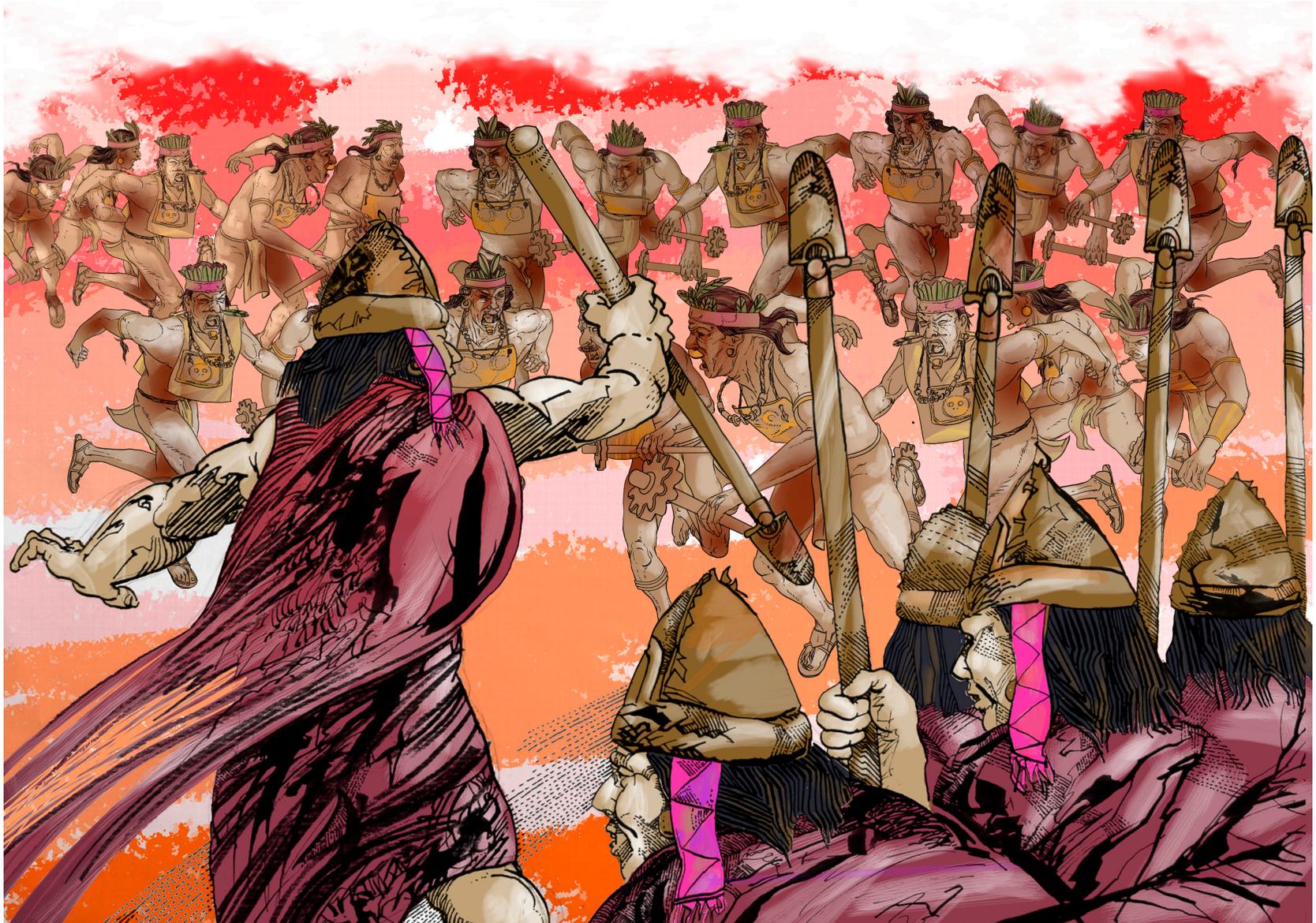
Se llevaron también a los más hábiles artesanos: desde siempre, nuestra gente ha sido experta en extraer el oro de las montañas y elaborar con él adornos con los que nuestros señores decoraban sus narices, orejas y rostros. No se quedan atrás quienes trabajan el barro: en sus manos, la oscura y fría tierra se convierte en platos, vasijas y ollas donde cocinamos nuestras comidas. Siempre el uso de una herramienta de mango largo y cabeza pesada que usan para golpear el barro hasta darle la forma deseada. Los invasores también adoptaron esta herramienta que antes no se usaba en ninguna otra tierra, y la llamaron huactana.

Antes de la invasión, yo era un comerciante. Viajaba hasta las tierras de unos hombres que se hacían llamar Huancavilcas, habitantes de las costas, donde el agua parece volverse interminable. De ese pueblo, obtenía unas conchas de colores blanco, rojo y naranja provenientes del mar, con las que los artesanos fabricaban collares y figuras que se utilizaban en distintos rituales.

Me pregunto si allá, lejos en el Sur, aún pueden llevar, con orgullo, sus ropas: hechas de lana y de colores brillantes. Las mujeres y los hombres llevaban el cabello largo, pero los varones se distinguían por portar aros de tres dedos de altura de los cuales colgaban unas trenzas de colores. Mi pueblo y sus costumbres siguen aún vivos, algunos escondidos en tierras lejanas, otros resistiendo en secreto a la invasión de Tupac Yupanqui. Pero no sé cuánto tiempo tardará la guerra en borrar nuestra memoria.

# LOS HIJOS DEL SOL TOMARON LAS TIERRAS CAÑARIS

Zhimasara



Sobre los valles y montañas del territorio cañari se desató la guerra. Los viajeros que solían recorrer aquellas rutas de intercambio fueron los primeros en llegar con noticias inquietantes: un poderoso líder proveniente del sur, Túpac Yupanqui, proclamado Hijo del Sol, después de haber sometido a los Paltas, dirigió su hueste hacia nuestras tierras con la clara intención de doblegar a nuestro pueblo.

Ante la primera amenaza de invasión, la respuesta no se hizo esperar: el estruendo de la guerra resonó en las montañas, donde los guerreros cañaris organizaron una fuerte defensa. En las llanuras y quebradas, Dumma, uno de los más destacados señores cañaris, junto con los señores de Macas, Quizna y Pumallacta, organizaron la resistencia contra el avance de las fuerzas de Túpac Yupanqui, consolidando un ejército conformado por guerreros de diversas parcialidades.

Se produjo entonces una guerra larga y sangrienta. Gracias al conocimiento que los cañaris tenían sobre su territorio, conquistar esas tierras no fue tarea fácil para el Inca. “Logramos hacerlos retroceder”, me contó un viejo combatiente sobreviviente, cuyas heridas revelaban la dureza de la guerra. “Aquella vez, las tropas del sur volvieron hacia las fronteras del territorio palta. Pero nosotros sabíamos que no se detendrían”. Ante la amenaza, los cañaris enviaron mensajeros a los Paltas con la intención de unir fuerzas con ellos. Sin embargo, la respuesta nunca llegó.

Tras el enfrentamiento que forzó a Túpac Yupanqui a retirarse hacia territorios de Paltas, este comenzó a reunir nuevas tropas provenientes del sur y a levantar fortalezas de piedra a las que ellos llaman *pucarás*. Su ejército era superior al de los cañaris, y hacía imposible un enfrentamiento directo, por lo que los señores cañaris optaron por enviar

mensajeros que sabían la lengua del Tahuantinsuyu con el fin de negociar una tregua. La respuesta del Inca no tardó en llegar: exigió la entrega de los hijos de los señores cañaris como garantía de lealtad y este requerimiento generó tensiones dentro del consejo. Después de varias conversaciones, Dumma, uno de los principales señores, tomó la decisión de reconocer a Túpac Yupanqui como *Hijo del sol* para asegurar una tregua temporal. Como parte de aquel reconocimiento, dispuso que se efectuaran grandes fiestas y ceremonias en su honor, con la intención de consolidar una relación pacífica.

Pero los cañari no soportaban la sumisión, y se desataron varias revueltas. Finalmente, después de varias campañas, Túpac Yupanqui terminó por someterlos. Varias poblaciones huyeron a la montaña, pero Túpac Yupanqui los dio caza y, poco a poco, fue exterminándolos. Como castigo ejemplar para los pueblos sometidos, como advertencia para que nadie se atreviera a organizar nuevas revueltas, el Inca pasó a cuchillo a una enorme cantidad de señores y guerreros cañaris, bañando la tierra con su sangre.

Por esto, cuando los Incas llegaron a la tierra que nuestros abuelos llamaban Guapondelig, la renombraron como Tumibamba. El Inca, en su afán de afianzar su poder, trasladó a gentes provenientes de otros sitios y los asentó en esos territorios. Un anciano cañari recuerda con pesar: *Se llevaron a muchos de nuestros hermanos hacia un destino incierto. Nunca los volvimos a ver.*

## EL PRIMER AVANCE SOBRE EL TERRITORIO CAÑARI

*Benjamín L. Quiroga*

El señor del Tahuantinsuyu, Pachacútec Inca Yupanqui, preparó con minucioso detalle la incursión hacia lo que ellos llaman el Chinchaysuyo, la región rebelde del norte del Cuzco que aún se resistía a su poder. Para liderar esta campaña, el elegido no fue otro que su propio hijo, Túpac Inca Yupanqui, el *auqui*, el heredero entrenado desde la infancia en el arte de la guerra y la administración.

El mensaje era claro: la autoridad del imperio debía consolidarse en los pueblos sometidos, conquistar a los rebeldes chachapoyas y la frontera norte debía expandirse hasta la tierra de los cañaris, acercándose alarmantemente a nuestra región. Con esa misión, Túpac Inca partió de Cuzco al mando de un ejército tremendo, acompañado de sus hermanos, los capitanes Auqui Yupanqui y Tilca Yupanqui.

Los primeros golpes fueron certeros. Las fortalezas de Yohara, Cyara y Curampa cayeron sin tregua en la provincia de los Quechuas. Luego, en Angaraes, el ejército avanzó con una precisión implacable. Los valles de Trujillo, Pacasmayo y Niespos, estratégicos por sus recursos y rutas comerciales, volvieron a estar bajo control inca antes de que la ofensiva se dirigiera de nuevo a Cajamarca.

Con cada victoria, su ejército crecía, absorbiendo guerreros de las regiones conquistadas. La ofensiva no se detuvo tras someter a los llucanos, chotas, cutervos y huambos. Asegurada la región, Túpac Inca Yupanqui continuó su marcha, conquistó Huancabamba, Ayabaca, Cusibamba y enfrentó la resistencia de los paltas en las montañas de Saraguro. Ante estos avances, los cañaris decidieron no oponer resistencia, permitiendo que el ejército inca llegara sin mayor conflicto hasta Tumibamba.

Sin embargo, pronto se descubrieron conspiraciones entre los líderes cañaris. En respuesta, Túpac Inca capturó a sus principales sinchis —Cañar Cápac, Píscar Cápac y Chica Cápac— y tomó medidas para consolidar el control de la región. Ordenó la construcción de la fortaleza de Quinchicaxa, guarnecida por mitmacunas, y estableció puestos de vigilancia en puntos estratégicos como Tiocajas, Azhuay y Pumallacta, con el objetivo de mantener el control sobre los puruaes y chimbos. Tras dejar las guarniciones necesarias para asegurar la estabilidad de la zona, el líder inca regresó a Tumibamba y luego retornó al Cuzco.

# EL LEVANTAMIENTO DE LOS CAÑARIS Y LA RESPUESTA DE TUPAC YUPANQUI

*Benjamín L. Quiroga*



Los pasos de Tupac Yupanqui están cada vez más cercanos, y queremos recordar que tiempo atrás, después de su primera incursión a las tierras del Chinchaysuyo, los cañaris se levantaron en una revuelta, apoyados por los jefes menores de la comarca de Quito. Esto motivó una segunda campaña de los de Cuzco, liderada por Túpac Inca bajo órdenes de su padre, Pachacútec. Para sofocar la rebelión y asegurar el dominio inca en la región, fue acompañado por sus hermanos Tica Yupanqui y Anqui Yupanqui. El ejército partió del Cuzco y fue reforzándose con nuevos guerreros en el camino, hasta llegar a Tumipampa.

Los incas intentaron una rendición pacífica, pero los cañaris rechazaron la propuesta. Sin embargo, en la batalla, las fuerzas de Túpac Inca se impusieron, causando numerosas bajas entre los jefes rebeldes. Pilla Huaso, sinchi principal de Quito, fue capturado. Tras la victoria, los incas persiguieron a los fugitivos hasta el valle de Quito, donde los derrotaron nuevamente. Luego de terminar la pacificación, regresó a Tumipampa donde su esposa Mama Ocllo dio a luz a su hijo Titu Cusi Huallpa.

Asegurando el control en la sierra con la construcción de la fortaleza de Hua-challa, Túpac Inca dirigió su atención hacia las tierras de los huancavilcas, de quienes tenía referencias. Dividió su ejército en tres grupos y llegó hasta las tierras Chono, Huancavilca, Paches y La Puná. Descendió hasta Jipijapa, luego a Picoasa y avanzó hacia Manta. En esta incursión, los huancavilcas no solo defendieron su territorio en tierra, sino que también combatieron en el mar, utilizando balsas de guerra.

Según noticias, luego de enfrentarse a los huancavilcas y aún en la costa, Túpac Inca escuchó de algunos mercaderes unos relatos sobre unas islas lejanas, ricas en oro, y organizó una expedición en balsas con “muchos hombres, llevando por capitanes hananCuzcos a Huamán Achachi, Conde Mayta y a Quingual Topa, y por capitanes del hurinCuzcos a Yacán Mayta, y Quisu Mayta, Cachima-paca Macus Yupanqui y a Llimpita Usca Mayta, y, por general de todos ellos, a su hermano Tilca Yupanqui, quedando en tierra al mando del ejército el capitán Apo Yupanqui”.

El destino de esta expedición sigue envuelto en misterio. Un informante llamado Orco Huaranga (Orco Waranga) nos comenta que Túpac Inca:

*“Llegó a las islas Avachumbi y Ninachumbi y volvió de allá, trayendo gente negra y mucho oro y una silla de latón y un pellejo y quijadas de animales; los cuales trofeos se guardaron en la fortaleza del Cuzco”*

Tras la expedición, Túpac Inca abandonó el campamento en Tumbes y, en su paso por Poechos, ordenó al capitán Tilca Yupanqui recoger las riquezas del reino de Chimu Cápac y transportarlas a Cajamarca. Mientras tanto, él tomó la ruta de las montañas y llegó a Tumipampa. Desde allí, junto a su hijo Titu Cusi Huallpa, se dirigió al valle de Cajamarca para reunirse con los capitanes que había enviado a la costa. Con la campaña concluida, emprendió el regreso al Cuzco, donde fue recibido con festejos. Sin embargo, su padre, Pachacútec, no vio con buenos ojos que se ponga en riesgo a su hijo y ordenó la ejecución de los capitanes Tilca Yupanqui y Anqui Yupanqui.

# LOS POBLADOS DE QUITO

Forge Mantilla

Viajamos por varios días en busca del cristal negro que nuestros pueblos han usado desde hace mucho tiempo para hacer armas y herramientas. De nuestros padres aprendimos las rutas y puntos clave para el comercio de este producto, por eso sabemos a donde ir: existe un pueblo asentado a las faldas de una montaña a la que llaman Ilaló, cuya gente es experta en extraer este afilado y preciado cristal de las minas en lo alto del territorio de Pifo.

Descendimos hasta una gran laguna que sirve como referencia para estos pueblos. A su alrededor se alzan dos poblados; uno de ellos, al pie de la gran montaña a la que llaman Pichincha. Andamos con cuidado, pues es bien sabido que en esa zona ocurren muchos deslaves, y la gente ha tenido que reconstruir el pueblo varias veces. Además, cerca del Valle de Los Chillos hay segmentos de *culuncos* o antiguos senderos erosionados que forman zanjas estrechas y hundidas, cubiertas por vegetación.

Los habitantes de Quito y del valle de Los Chillos, al igual que muchos pueblos del norte, forman varios poblados que conservan su independencia y autonomía. Cada uno de estos grupos es dirigido por un señor principal o Ango encargado de los asuntos diplomáticos, de dirigir en la guerra, administrar el trabajo de la aldea, presidir ceremonias, castigar a quienes cometan faltas, resolver disputas y manejar cuestiones de tierra y herencias. Y también, por supuesto, de controlar el comercio, por lo que sabemos que debemos responder ante él si queremos conseguir la brillante y negra roca por la que hemos venido.

Llegamos con nuestros sacos llenos de papas, maíz y hojas de coca: es lo que pensamos ofrecer a cambio del brillante mineral. Pienso que me habría gustado traer algo de carne de venado o conejo, o insectos y peces, ya que su valor es altísimo entre las familias cercanas al Ango, cuyo poder social les permite acceder con mayor frecuencia a estos alimentos.

En las rutas de comercio he observado mercaderes provenientes de todas las regiones, de lejanas montañas y tierras bajas. Abunda el ají —un producto muy usado en las



comidas locales— traído por la gente de las regiones bajas, como los Yumbos, ubicados al occidente de estos valles. También he visto, aunque en menos cantidad, mercaderes venidos desde oriente, quizás desde la región de Quijos, que se pierde tras la cordillera. El perfume de la canela permite identificarlos. Uno de estos mercaderes me ofrece *bandul*, un colorante natural, y observo que trae en su saco algunos preparados medicinales fabricados con plantas que solo crecen en la selva húmeda. Tal vez pueda intercambiar un poco de maíz por algún bálsamo para aliviar los dolores de la larga caminata.

Sé que no habrá contratiempos al momento de intercambiar los productos que traigo a cambio del preciado mineral oscuro. En estos valles, las transacciones se desarrollan en condiciones de igualdad, sin presiones. Pero esta vez, también se intercambian noticias y temores. Volveré a mis tierras cargando estas rocas brillantes, afiladas y listas para convertirse en armas. Hay rumores de que pronto serán necesarias, muchas, más de las que jamás hemos visto.



# HABLANDO CON SINCHI HULPA

*Lindorfo Chicango*



*Conozco al gran señor Tupac Yupanqui desde hace muchas lunas, cuando era un joven en crecimiento y cogobernaba con su padre Pachacútec. Hoyes un hombre alto, fuerte, robusto, de color rojo encendido que, fallecido su padre, asumió las funciones de Sapa Inca, es decir, rey de reyes. Para gobernar su vasto imperio, lo dividió en cuatro regiones: Chinchasuyo, Contisuyo, Collasuyo y Antisuyo, y a todo el conjunto lo llamó Tabuantinsuyo. El centro de todos es el Cuzco, la jatun tupac llacta, magnífica y gloriosa ciudad.*

Me refirió que su señor Sapa Inca lo recibió en el Cuzco, en tiempo del Chahuahuarquis, cuando se reparte la tierra para prepararla para la siembra. Transcribo aquí lo que me contó de aquella reunión:

*—Hay que entrar en su aposento, postrarse de rodillas y besar el suelo. Solo cuando el Señor lo autoriza, uno puede levantarse, escuchar y preguntar. Yo me atreví a decirle:*

*—Señor, voy a viajar al límite de las tierras del Chinchasuyo, ¿las recuerda?*

*Él me respondió:*

*—Yo conquisté a esos pueblos incorporando hombres y tierras. No fue fácil. Ordené que construyeran edificaciones en tierras de los cañaris, lo que ahora llaman Tumibamba. Allí nació uno de mis hijos. Luego avancé y, cerca de una zona a la que llaman Quito, ordené la construcción de un palacio en Callo, situado junto a un cerro sagrado. Cuando llegues allí, verás que se parecen a las construcciones de Coricancha.*

*—Señor —le dije— ¿con cuántos hombres conquistaste esas tierras?*

*—Mi ejército era numeroso —respondió—. Pero tú dirás, cuando corresponda, que fueron muchos más. Ordené arrasar Latacunga y me impactó la valentía de los cañaris y puruhás. Pillahuazo le decían al que los lideraba.*

Fui a las edificaciones situadas en Callo, cerca del impactante monte al que llaman Cotopaxi, pues me comunicaron que allí había llegado un mensajero que traía información sobre los invasores incas. Pude localizarlo y hablar con él gracias a la compañía y ayuda de un colega que habla su lengua.

Me dijo llamarse Sinchi Hulpa, y me explicó que era su primera vez que visitando aquellos territorios. Me comentó que estas tierras le parecían muy bellas, llenas de cultivos diversos y con temperaturas que no presentan demasiadas variaciones.

*—Tengo el oficio de caparispac villa —me dijo—, es decir, soy el encargado de relatar la vida gloriosa de nuestro señor. Formo parte de los amautas que conocemos los hechos para contarlos y mantener vivos esos recuerdos en la memoria de los pueblos. Yo lo hago en la forma del bucaripuni, es decir, cuento en voz alta. Aprendí este trabajo de mi padre, y debo enseñárselo a mis hijos.*

—Señor, llegan muchos al Cuzco y salen más. ¿Es por disposición suya?

—Sí —*me contestó*—. Los quipus registran que envié mucha gente, pero en igual número vinieron, todos como mitimaes. El imperio debe asentarse en obra. He intercambiado yananas y concedores de oficios.

—Señor, ¿hasta dónde llegaste al norte?

—Avancé más allá de Quito, hasta unos pueblos que llaman de los Pastos, y por los otros que están en la mitad: unos llamados de Cayambi y otros Carangue. Solo incursioné allí para conocerlos y tomar decisiones. Pienso que necesitamos conquistarlos porque tienen gente y tierras que nos proporcionarán alimentos y mantas para vestidos. Los Carangues tienen varios jefes, a los que llaman Angos en lengua antigua. El Ango de Otavalo es uno de los más importantes, que vive a orillas de un lago.

—Ahora tú debes llevar este mensaje —*me dijo*—: Que los encargados de las tierras y gentes del Chinchasuyo conquistado, hasta ahora, sigan construyendo edificaciones de vivienda para mi ejército y sitio para el almacenamiento de alimentos, vestidos y armas que aguardarán el momento en que iniciaré mi conquista. Si puedo, volveré a dirigirlos. Si no, estará uno de mis hijos.

—Señor, ¿por qué le llamaste Tumibamba a aquella tierra?

—Antes de mi llegada, ese territorio se encontraba habitado y gobernado por los cañaris. Dumas, recuerdo que se llamaba uno de sus jefes más importantes. A ese territorio lo llamaban, en su lengua nativa, Guapondelig, que significa “llanura amplia como el cielo”. Yo conquisté esos parajes en duras batallas. Me tomó largas lunas someterlos, y tuve que pasar a cuchillo a muchos cañaris. Una vez conquistado, levanté nuevas edificaciones y volví a nombrar esa tierra como Tumibamba, que significa “campo de cuchillo”, para recordarles el castigo que sufrirían si volvieran a rebelarse.

—Señor ¿cuáles son sus planes para las próximas lunas?

—Mi hermano Amaru Inca Yupanqui estará en el Cuzco. Yo continuaré sometiendo a los pueblos del Cuntisuyo.

*Me postré, besé su mano, pedí perdón y salí a cumplir sus órdenes.*

Agradecí la conversación y, al despedirme, sentí que aumentaba mi preocupación. La decisión del Sapa Inca Tupac Yupanqui era definitiva: emprenderá la conquista del norte.

## DE PASO POR LAS TIERRAS PURUHÁS

Hui del aniquilamiento de mi pueblo. Partí rumbo al norte, porque en esas tierras tenía algunos conocidos, de hace tiempo, de cuando acompañaba a mi padre en sus viajes de intercambio.

Me tomó varias noches llegar hasta Culebrillas, allí descansé un poco y seguí mi viaje. Reconocí la tierra de los Puruhás porque en el horizonte se divisaba la gran montaña, brillando con la luz de luna. Chimborazo le llaman. Cuando llegué, descubrí que aquel territorio también había sido tomado por los Incas, aunque de manera distinta: los Puruhás decidieron pactar con el enemigo y formar alianzas para mantener su estatus y su forma de vida. Aunque, por lo que veo, dicha alianza me parece un tanto injusta: ahora los Puruhás labran el campo no solo para su gente, si no también para alimentar a los Incas, a sus soldados y señores, que controlan sus tierras. Es el precio, supongo, por evitar una masacre.

Antes de seguir mi viaje, me abastecí de algunos alimentos locales: maíz, papa, mashua y carne de cuy. Al disponerme a avanzar por Macají, cerca del río Chibunga, me he encontrado con una pequeña multitud de gentes que llevaban alimentos en sus espaldas. Un caminante me dijo: “Llevamos con nosotros animales y alimentos y los ofreceremos al Chimborazo, pues de él venimos y a él nos debemos. Si se enfada, su hielo puede caer sobre nuestros campos y arrasarlo con todo lo que sembramos”. Me explicó que allá arriba, entre las nieves eternas, colocan piedras donde dejan las ofrendas.

En estas tierras no todo es plano, así que los Puruhás se han ingeniado para hacer terrazas que ayudan a que el agua siga su curso y la tierra no se derrumbe. Vi muchos parajes con llamas y alpacas que les brindan lana y carne, y también transportan su carga. Con la llegada de los del Tahuantinsuyo llegaron también los tributos obligatorios, y ahora no les queda otra alternativa que aprender su lengua para sobrevivir.

Seguí mi camino hasta Guaranda. Estas son tierras generosas en sal, la cual los Puruhás intercambian por algodón, plumas y pieles. Con esos elementos confeccionan vestimentas que los protegen del viento gélido que baja desde las altas cumbres. He adquirido un par de mantas para seguir mi camino hacia el norte...

# EL ANGO DE OTAVALO

*Melchor Cotama*

La preocupación y el temor se percibían en el pesado rumor que llenaba la casa donde se habían reunido los señores de los pueblos que ocupan el territorio Cayambe y Carangue, desde el río que conocemos como Guayllabamba, al sur, hasta los ríos Ambi y Apaquí. Todos habían enviado su representante: Perucho, Malchinguí, Cochisquí, Pifo, Quynche, Sarance, Tontaqui, Angochahua, Chapi, Pimampiro. Muy temprano en la mañana habían llegado también los señores de los Pastos, venidos desde Tulcán, Guaca, Mira, Tusa, Pun y Chuquin, tierras lejanas del norte.

Sin embargo, entre la multitud congregada, dos figuras se destacaban: El Ango de Otavalo y el Puento de Cayambe. Un gesto suyo bastaba para imponer el silencio entre los congregados.

Los antepasados de los pueblos que ahora habitan estas tierras llegaron aquí después de largas travesías por el mar.

¿Cuántas lunas y lluvias les habrá tomado? Varios pobladores decidieron quedarse allí, en las playas, pero otros ascendieron a las montañas en busca de los lugares adecuados para vivir y prosperar. Llegaron a estos valles rodeados de montes y agua abundante y decidieron que era una tierra buena para la vida.

El primero en hablar fue el anfitrión, el Otavalango. En sus palabras, recordó a todos el por qué era importante mantenerse juntos.

—Somos un pueblo unido que compartimos una lengua común aunque algunos de los poblados mantienen sus lenguas antiguas. Con nuestro idioma hemos dado nombres a las cosas. Nosotros al cerro alto lo llamamos *buro*; al lago que nos baña y nos calma la sed lo llamamos *Imbag*; al monte que divisamos todos los días, *Cotacachi*; no olvidemos al Mojandag, Cubilche y Fuya Fuya. Hemos



nombrado y explicado lo que habita y existe en nuestros valles y montañas, hemos aprendido a vivir y convivir en esta tierra. Es nuestro deber decidir la mejor alternativa para defendernos y defender nuestro territorio.

Al escucharlo hablar, pude confirmar los rumores que viajan por los rincones de este valle: se trata de un hombre entrado en años, de gestos amables pero firmes, honrado, cuidadoso en palabras y astuto. En su territorio, es el Ango o señor principal, y aunque existan Angos menores, sobre él no hay ninguna otra autoridad. De su padre heredó el poder y se lo pasará a su hijo, y nadie se opondrá a ello. Así se ha consolidado el poder a lo largo de los años, y los pueblos y comunidades que tiempo atrás fueron conquistadas, han acatado este orden y esta jerarquía.

Ellos toman por esposas tanto a mujeres de su propia familia como a mujeres de familias lejanas; esta opción les resulta útil, sobre todo para concertar alianzas. A pesar de que se rodean de varias esposas, siempre reconocen a una sola como la principal.

Además del lenguaje, a los Cayambes y Carangues les une el hecho de que comparten una misma forma de vida, y forman parte de una compleja estructura. En la punta de esta estructura están los jefes —o Angos—, los guerreros y los chamanes. Y por debajo de ellos está la población, que se dedica, sobre todo, a la agricultura y a otras tareas como la cerámica, el trabajo en metales o la confección de ropas y mantas.

Detrás de esta aparentemente simple organización, se esconde una red compleja: los Angos administran la justicia y mandan al ejército —esto explica la reunión a la que asistimos— pero, además, son quienes controlan la producción, tanto agrícola como de otras áreas, y también la distribución y comercio de los productos.

Recuerdo —me dice un informante— que su padre solía explicarle que el pueblo y la gente común estaba siempre en una situación de “deuda”: la gente cultiva las tierras que el Ango les confía, y deben entregar a él los productos obtenidos. De realizar este trabajo se libran solo los mercaderes que, en cambio, pagan tributos de mullo, oro, plata o mantas. No hay que olvidarnos de los esclavos, que muchos son vendidos en los grandes mercados.

El poder y el respeto que rodean al Ango de Otavalo guiaron la reunión en su casa. Los jefes escucharon, opinaron, designaron y apoyaron. Pude enterarme de que a la reunión no asistieron varios pueblos, entre ellos Caguasquí, Lita y Quilca, debido a que aún se consideran poblados libres, no influenciados por el poder del Ango, que viven en constantes guerras y enfrentamientos con pueblos vecinos. De todas

formas, son pequeños si los comparamos con el extenso territorio Cayambe y Carangue. A los jefes de estos pueblos les llaman *Sincha*.

La amenaza de los Incas ensombrecía los rostros de los señores. De las resoluciones tomadas en este encuentro hablaremos más adelante. Pero, sin duda, difícil será para quienes estuvimos presentes allí olvidar las palabras con las que el Ango de Otavalo cerró la reunión, antes de que sus sirvientes repartieran comida y bebida.

—Hay que prepararnos para lo peor. El rival que nos acecha es poderoso e implacable. Por eso es importante que actuemos unidos.



## DIOSES Y LEYENDAS DE LOS CARANGUES

Los carangues y cayambes tienen una numerosa cantidad de dioses, pero guardan especial reverencia a los cerros altos como el Imbabura, Cayambe o Cotacachi. Las extensiones de agua dulce llamadas lagunas tienen un atractivo mágico. Les atemorizan el rayo o el relámpago y, sobre todo, el arco de colores que se forma luego de la lluvia al que llaman cuichig. Temen que ingrese en su cuerpo para causar enfermedades que llevan a la muerte.

En Coangue hay que cuidarse de la serpiente que toma forma humana: tiene ojos enormes y porta una corona brillante. Quien la mira de frente adquiere un sudor mortal que solo se cura escapando al cerro para comer un poco de sal y coca.

El culto a los muertos es intenso. Las tumbas son respetadas y quien las profana sufre enfermedades mortales. El culto a los muertos une al ayllu. El cadáver, antes de ser enterrarlo, es bañado por sus parientes más próximos, con el fin de purificarlo, mientras los demás cantan tristemente lo bueno que le sucedió en vida.

# EL POBLADO DEL ANGO OTAVALO

*Hernán Jaramillo Cisneros*

El territorio del Ango de Otavalo se extiende por zonas como Inta, Pimampiro, Perugachi y Sarance, y su dominio llega hasta el oriente, incluyendo poblados como Pijal, Caluquí y Aguata. Sin embargo, el área central donde está su casa se ubica a orillas de la laguna Imbag. El Ango, señor de esta vasta región, dio su nombre, Otavalo, a los poblados situados mayoritariamente al pie de la montaña, en la orilla sur de la laguna.

Este lugar está rodeado de montes: al frente se encuentra el Imbabura, el cerro más importante, por donde cada día asoma el sol. Más allá se levantan el Cusín y el cruce de montañas de Mojanda. A lo lejos se divisa el majestuoso Cotacachi, el más alto de todos. Según la tradición, el Imbabura es un cerro varón que, junto a su amante Cotacachi, ha engendrado varios hijos, visibles como elevaciones menores en el horizonte.

El Ango de Otavalo, también conocido como Otavalango, gobierna un territorio de climas diversos, lo que le permite disponer de una gran variedad de recursos. De Pimampiro obtiene hoja de coca; del cálido valle del Coangue, sal, algodón y ají; y de su propio entorno, maíz, papas, camotes, chochos, mellocos y peces de la laguna. Su dieta incluye también frutas como guayabas, plátanos, aguacates, guabas y otras propias de cada zona. A esto se suman los tributos de oro recolectado en las zonas altas de la cordillera, donde otros pueblos habitan y rinden cuenta al Ango.

La gente vive en terrenos de siembra aislados, con pocas viviendas por familia. Cada hogar reside en su parcela respectiva. La dispersión tiene su razón de ser: disminuir la distancia de la choza a al campo de cultivo, para cuidarlo mejor. Aunque vivan dispersos a lo largo del amplio territorio, la gente del Ango de Otavalo es muy unida: se reconocen entre los miembros de un mismo pueblo a través de los lazos de sangre, y no necesariamente por el lugar donde viven.

Las casas son circulares, construidas de barro y adobe hecho con cangahua, una tierra dura y resistente. Se cubren con madera y paja de los páramos.

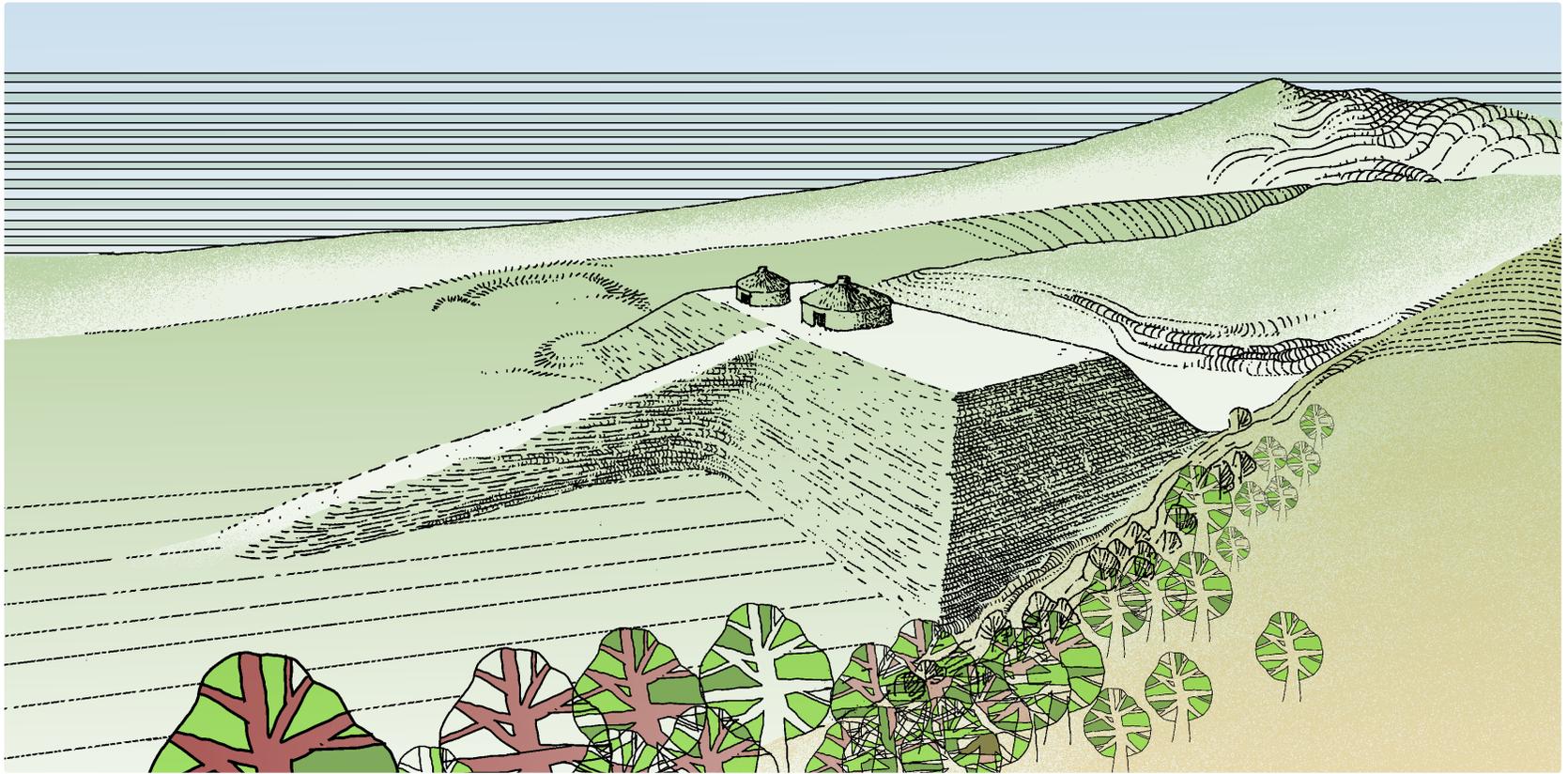
Estas viviendas, pequeñas, tienen paredes hechas de palos gruesos entrelazados y recubiertos de barro por dentro y por fuera. Los Angos mayores habitan bohíos amplios donde se reúne su comunidad. Las casas del Ango son construidas de manera similar, aunque son más grandes, y en ellas se utiliza una viga central que sostiene el techo. Estas viviendas también funcionan como centros políticos y de mando. No obstante, sus aposentos son más pequeños y estrechos.

No existe propiedad privada de la tierra. La cooperación es la principal forma de organización del trabajo. Como la estructura social se basa en el parentesco conforman grupos unidos, regidos por una autoridad que gobierna.

Las casas tienen piso de tierra apisonada y una única habitación que servía como cocina, dormitorio y espacio para los cuyes, que viven dentro del hogar, cerca del fogón de piedra que permanece encendido todo el tiempo. Las paredes están decoradas con ollas, cántaros de chicha y agua, hachas de piedra y cobre. En las casas de los señores hay ornamentos y armas de oro y plata. Para dormir, la gente se recuesta sobre esteras de totora y se cubre con mantas de algodón o pieles de animales. En las viviendas de los señores, además, hay bancos o tianas para sentarse.



# UNA VISITA A LOS POBLADOS DE COCHISQUÍ



Últimamente, las noticias sobre los incas llegan desde el Sur con más frecuencia. Hay rumores de emisarios, ofrecimientos, alianzas. Por eso decidimos venir a Cochisquí, uno de los sitios más importantes de la región. Queremos conocer de primera mano este gran asentamiento que ha servido como espacio ceremonial, pero también como punto estratégico de defensa y combate.

Avanzamos por los senderos altos que conectan Otavalo con las vertientes del cerro Mojanda. Desde allí descendimos hasta Cochisquí, un poblado que se extiende entre quebradas profundas. Al borde de los cortes naturales del terreno se levantan las casas, agrupadas por familias y organizadas alrededor de los campos de siembra. La mayoría tiene techos de paja de páramo.

Al acercarnos a Cochisquí, lo primero que llama la atención son los montículos y las pirámides que sobresalen del paisaje. Algunos son más pequeños y alargados, otros más altos y con base cuadrada. A medida que uno se adentra en el asentamiento, aparecen las viviendas: unas de planta redonda, más elaboradas, y otras más simples, todas cubiertas con techos de hierba que sobresalen para proteger las paredes de la lluvia constante.

Al recorrer el poblado, nos acercamos a una de las estructuras más altas. En su cima, encontramos la casa de la líder o Ango, construida con postes resistentes y madera. El techo, de hierba gruesa, está diseñado para desviar el

agua lejos de los muros. Esta vivienda no solo cumple una función doméstica: el espacio exterior también se utiliza para ceremonias y como punto de observación del entorno.

Al acercarnos, comprendimos que muchos de los montículos de tierra repartidos por el espacio no son meras construcciones: son tumbas, cuyo tamaño refleja la jerarquía de la persona enterrada. Junto a estos se alzan grandes estructuras en forma de pirámide, levantadas hace generaciones y ampliadas con el crecimiento poblacional, que cumplen funciones habitacionales y ceremoniales.

Construidas con bloques rectangulares de cangahua y reforzadas con capas de tierra, arena y piedra porosa, estas pirámides han sido ampliadas con el paso del tiempo. Muchas fueron concebidas como viviendas y espacios rituales, y su diseño revela una planificación compleja: cuentan con muros internos, gradas en los declives y una base sólida que ha resistido el paso de los años. En la parte superior de algunas de estas estructuras rectangulares se conservan viviendas levantadas sobre una estructura central de postes y madera, también con los característicos techos de hierba.

Cochisquí ha sido dirigida durante generaciones por mujeres, conocidas como Quilago o Quilango, líderes reconocidas por su sabiduría. Hoy, como antes, siguen al frente de su pueblo. Y mientras las voces del sur crecen, aquí en Cochisquí se escucha, se observa y se prepara.

# DONDE LA SAL VALE MÁS QUE EL ORO

Benjamín L. Quiroga



En aquellos terrenos donde la región carangue colinda con los Pastos, los Cayambes y los de Quito, los Carangues vigilan el intercambio de productos, controlan los accesos, organizan rutas y reparten recursos como la sal, el algodón y la coca.

A simple vista, los Carangues parecerían un conjunto de pueblos diversos, pero detrás de esa diversidad se esconde una estructura. Viven apartados unos de otros, pero comparten una misma forma de gobierno, encabezada por *Angos* —en cada poblado— y un *Ango Mayor* que, más que mandar, coordina y administra la región. Aquí, el poder lo tiene quien controle los recursos, los mercados y las rutas. Y es por eso —precisamente por eso— que los incas los observan.

Los Carangues han desarrollado una economía basada en el control de los diferentes territorios y climas. Lo que otros pueblos consiguen recorriendo largas distancias, ellos lo obtienen sin abandonar su territorio: cultivan en tierras frías, templadas y cálidas gracias a su compleja organización agrícola que les permite explotar cada microclima sin dispersarse. De ahí salen el algodón, la coca, el ají, el maíz y, sobre todo, la sal.

Su entorno es generoso: el agua abunda en ciénegas o *biros*, lagos y ríos, y baja limpia desde las montañas, alimenta canales y riega los campos. No necesitan conservar los alimentos como lo hacen otros pueblos en tierras secas; aquí, la comida es fresca, abundante: va directo del suelo al fogón. En los ríos y quebradas también se encuentran vetas de oro y plata, minerales que atraen a más de un forastero.

Pero el verdadero poder no está enterrado: circula a la vista. La sal se extrae de quebradas salobres que desembocan en el río y se distribuye bajo la autoridad del *Ango* de Otavalo. Aquí, el poder se mide de acuerdo con la capacidad de hacer circular la sal. Y con ella, el resto de los productos.

Esa sal —extraída de las salinas de Cache— no es solo un producto que se usa para conservar las comidas; también se intercambia por mantas y se ofrece en importantes rituales. En Pimampiro, en Coangue, en Otavalo, circula como moneda silenciosa. Y quienes la mueven, quienes la intercambian, son los *mindalaes*.

Uno de ellos, Cumbim, habla mientras acomoda su carga: varios costales de fibra llenos de sal.

—No somos guerreros ni sacerdotes. Caminamos. Esa es nuestra tarea —dice, con la calma del caminante—. Llevamos productos para intercambiar, pero también noticias. A veces somos los primeros en enterarnos de lo que viene.

En su voz no hay temor, pero sí atención. Habla de cómo las rutas han comenzado a llenarse de emisarios. No solo comerciantes, sino también mensajeros: gente del sur que llega preguntando por cantidad de gente, por nombres, por recursos.

—Los incas no invaden territorios de golpe —dice—. Observan, hacen alianzas primero. Ofrecen cosas. Miden. Y cuando uno menos lo espera, ya estás adentro del imperio —afirma mientras entramos en el mercado de Pimampiro.



Allí se conectan pueblos de la sierra, la selva y hasta la costa. Pastos, Quijos, Cayambes, Chapis..., todos traen y llevan algo: mantas, carato, conchas, perros, coca. Algunos *camayos*, mercaderes de otras tierras, pagan tributo al Ango de las salinas para poder ofrecer su mercancía. Otros simplemente observan.

Cada Ango administra su zona, y el Ango Mayor coordina desde lo alto. Hay un orden muy antiguo de intercambio que llamado *ayne* donde la reciprocidad es la regla. Los artesanos y comerciantes tienen su espacio. Los que sirven al intercambio, como Cubim, están exentos de ciertos deberes. A cambio, mantienen las costumbres vivas.

Y eso es lo que los incas desean: Carangue tiene recursos, caminos, rutas, mercados. Podría no ser necesaria la violencia: bastaría con incorporarlo con negociaciones. El trabajo del imperio sería, así, más fácil: adaptar lo que ya existe a su esquema, nombrar nuevos líderes, asegurar la lealtad de los Angos, insertar este sistema en su engranaje general. Vendrán con censos, con contadores, con caminos de piedra y nuevos nombres para las mismas cosas.

Pero mientras el tambor del sur aún no suena en las plazas, los mercados siguen su ritmo, y los *mindalae* como Cubim siguen hablando bajo. No porque oculten, sino porque saben que lo más importante no siempre se grita.

—Uno escucha —dice—. Porque el que escucha, sobrevive.



## VIENEN LAS LLUVIAS



*Tachil*

Las últimas lunas han sido extremadamente secas, la vegetación y las siembras lucen agostadas por la escasez de lluvias. Pero ahora, negros nubarrones aparecen en el horizonte. Cayambi, Angochagua, Cochicarangue, La Chimba y Carangue retiemblan por la multitud de truenos y relámpagos. Estas serán las primeras comarcas en tener fuertes precipitaciones. Los Yumbos que llegan de la costa por el río grande, dicen que las aguas están más calientes de lo normal, lo que significa que el invierno será crudo. Tuarriquí, Tontaquí, Alcpurro, Ilumán, Sarance y Gualimán, pronto serán alcanzadas por el temporal. Pero a Inraquí, Pomasqui y Malchinguí llegará con menos intensidad.

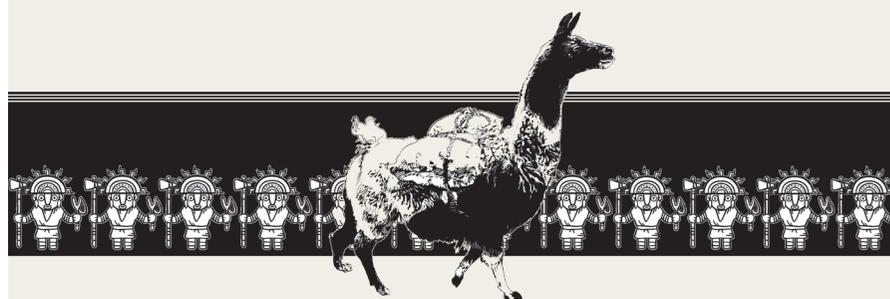
Con las lluvias viene la alegría de la siembra y el múltiple desfile de las aves de temporada tras las nubes de insectos y buscando presas desprevenidas. *Quindes* y *guiracchuros* compitiendo en veloces vuelos.

En las quebradas ya resuena el sonido de las urpi y tucurpillas y, en el resplandor de la primera tarde, el canto del mochuelo que anuncia la repentina oscuridad en donde reina el quejido del cuscungo y el *chuzig*.

En las cumbres se mueven animales grandes, además del enorme *cuntur* y numerosas aves de rapiña. No es raro encontrar al *aguaraguazú* escondiéndose entre los matorrales buscando a un tatú extraviado en la arboleda o tal vez al ágil y elegante *chucuri* huyendo de su perseguidor.

Las lluvias vendrán con ímpetu sobre la comarca, todos estaremos expuestos a ellas. Pero también las aguas traerán la bendición del maíz, la quinoa, el poroto y la papa en nuestras casas.

Las negras nubes sobre el horizonte ya se acercan...



# VIDA COTIDIANA DE LOS CARANGUES



Vengo del frío de las montañas. La calidez de estos valles siempre es un alivio para el cuerpo del viajero. En mi ruta hacia el mercado de Pimampiro he atravesado las tierras de los Carangues: paisajes llenos de lagos y ríos. Me encontré primero con una laguna que, en realidad, es el cráter de un volcán. En su centro hay dos islas en las que abundan cuyes, conejos blancos y venados. Más adelante en la ruta, llegué al lago que los locales llaman Imbag, donde abundan patos, garzas y gallaretas.

Incansables, todas las mañanas, los Carangues pescan en las aguas de este lago ayudados por unos cestos de totora que ellos mismos elaboran. El aroma de los pescados al fuego despertó mi hambre, así que me acerqué a un grupo de personas que aguardaba a que los pescados estuvieran cocidos al punto óptimo, fueran colocados en una olla grande y circularan por entre las manos hambrientas. El sabor de estos peces me trae recuerdos de mis primeros viajes, cuando los descubrí.

Aunque la pesca les otorga una parte importante de su dieta, la mayoría de los alimentos que los Carangues

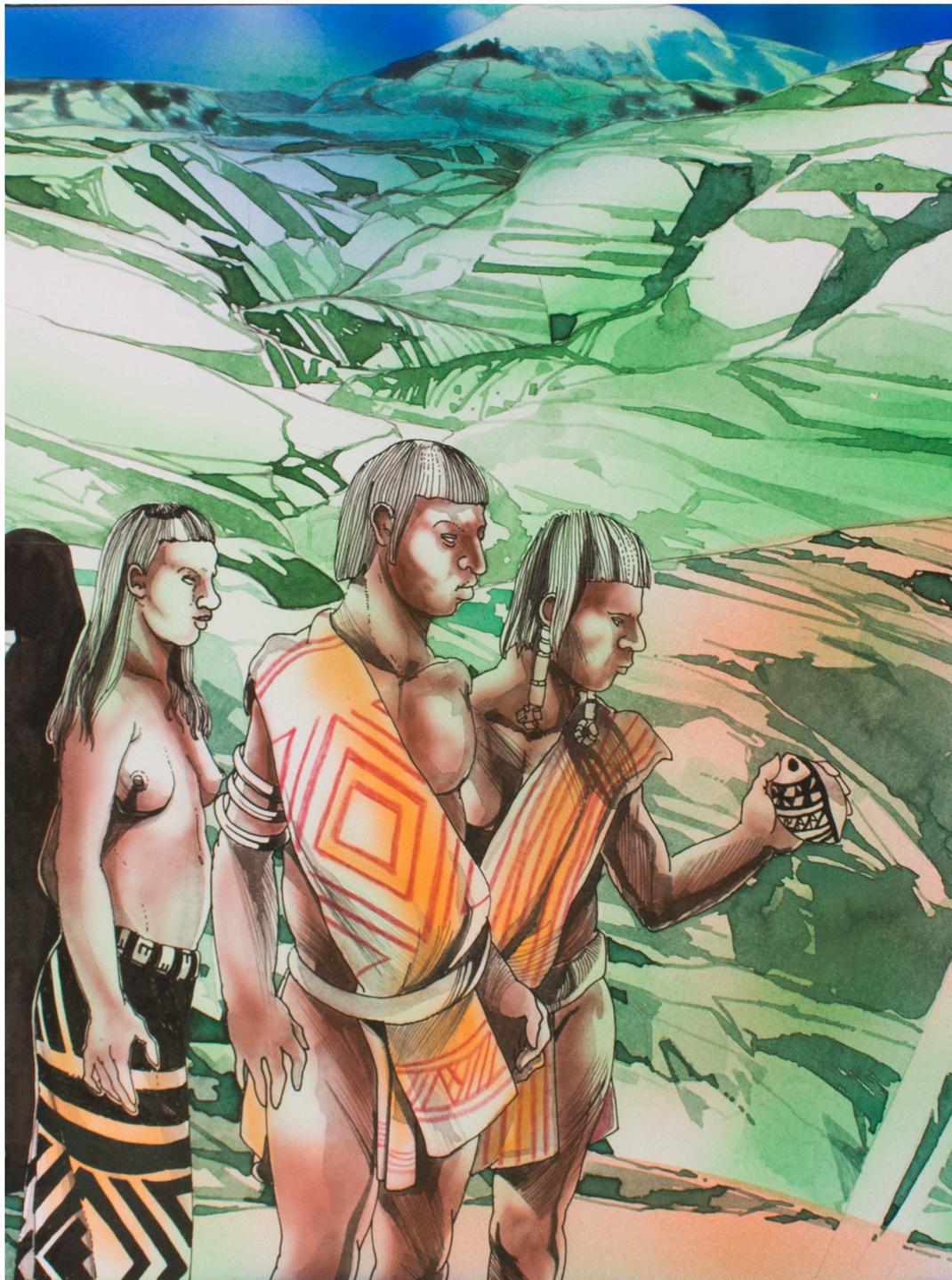
consumen provienen de la tierra. Es muy raro el consumo de carne, excepto entre los angos y sus familias, quienes comen carne de llama, venado, aves y cuyes. Pero el protagonista es, sin duda, el maíz. Lo consumen en un cosido espeso o tostado, y por lo general lo sirven acompañado de papas. En ciertas épocas del año, cuando la cosecha es generosa, se alimentan con frijoles, chochos, yuyos y camote. En mi camino de regreso, trataré de conseguir un poco de esa dulce raíz, difícil de conseguir en las tierras altas donde vivo. También pienso llevar un poco de sal y ají, productos muy valorados que dan sabor a la comida.

Me detuve en un pequeño mercado en el cual me ofrecieron, a cambio de unos tintes que traigo de mi tierra, un vaso de *asua*, una popular bebida que todos consumen en estas tierras. Se elabora con maíz, el cual mastican para darle la consistencia adecuada y facilitar su fermentación. También, a cambio de unas plantas medicinales, pude obtener algunas de las herramientas con las que los Carangues preparan sus comidas: una piedra de moler y una tinaja de barro.



# LOS PASTOS

## Llamuco



Yo sabía que su habilidad alfarera era admirada y reconocida en toda la región, pero poder observar de cerca aquellas piezas me resulta indescriptible, especialmente aquellas elaboradas por los Capulí. Resulta que el pueblo Pasto está conformado, en realidad, por tres grupos que se distinguen por sus funciones dentro del pueblo. Con ayuda del intérprete me aproximé a los señores pastos en busca de una mejor comprensión de su gente.

—Yo pertenezco al grupo de los Capulí, el más antiguo —comentó uno de ellos, sin disimular el orgullo.

Los Capulí son la élite chamánica del pueblo Pasto, y se dedican a los trabajos espirituales. Su autoridad es indiscutible cuando se trata de organizar los rituales que garantizan una buena cosecha, y, en tiempos como estos, son solicitados para realizar rituales con el fin de debilitar a los enemigos y fortalecer a los guerreros aliados.

Además, los Capulí son un pueblo experto en rituales fúnebres. También por esta razón, su cerámica es vistosa, para acompañar los entierros. Entre las piezas que trajeron pude ver figuras semejantes a personas masticando hojas de coca y sentados en *tiangas*, o portando instrumentos como tambores, churos y flautas. Supieron explicarme que estas figuras representan a los chamanes Capulí. También vi vasijas con formas de animales como tortugas, serpientes o armadillos.

Allí, entre los señores que discuten y deliberan en casa del Anjo de Otavalo, se distinguen los representantes de los Pastos. Llegaron esta mañana, cuando el alba despuntaba tras las montañas. Un joven mercader, cuyos viajes le han permitido aprender diversas lenguas, hace de intérprete durante la reunión y las conversaciones. Escucho y me dejó fascinar por las palabras dichas en esa lengua a la que llaman *cuastu*.

Los Pastos vinieron del norte, cargando —como ofrenda para el anfitrión— diversas piezas de cerámica.

—Lo que hace única a nuestra cerámica es la técnica con la que decoramos nuestras piezas—me explicó el anciano señor—. Puedo decir que utilizamos un material para proteger algunas partes de la cerámica; luego, pintamos toda la pieza con tintes oscuros. Así, cuando retiramos aquel material protector, el color natural de la cerámica contrasta con los tintes y revela hermosos diseños.

¿No le parece?

Sin duda, se trata de una técnica admirable.

—Los Capulí podrán ser importantes en rituales, pero sin nosotros, los Piartal, nadie tomaría decisiones importantes —interrumpió otro de los señores, con firmeza.

Su comentario cobró sentido cuando me explicaron que los Piartal son la élite política de los Pastos y que, con el paso del tiempo, adquirieron más importancia que los chamanes Capulí. Vi que, la mayoría de las veces, el Ango de Otavalo se dirigía a ellos para realizar preguntas y plantear opciones. Pero además de ser administradores del pueblo, los Piartal son expertos trabajando los metales: son capaces de mezclar el oro con el cobre e, incluso, con la plata; una técnica muy compleja.

—Si de algo podemos enorgullecernos —dijo el anciano— es de nuestra habilidad para el comercio y el intercambio. Nosotros llevamos productos hasta pueblos que habitan a orillas del inmenso mar, y también hacia pueblos ocultos en las espesas selvas que se alzan detrás de las montañas.

Entre las piezas de cerámica que el anciano entregó como ofrenda al Ango de Otavalo pude ver algunas vasijas con cuello largo y cántaros; algunos platos característicos de su gente y unos objetos pequeños que ellos llaman *ocarinas*, parecidos a las conchas que obtienen del mar, de los cuales salen melodías preciosas.

El intérprete me explicó que, además de los Piartal y los Capulí, el pueblo de los patos está formado por el grupo de los Tuza. De hecho, se trata del grupo más numeroso, que conforma la mayor parte de la población Pasto. Se dedican principalmente a la agricultura, y lo hacen con mucha habilidad: los Tuzas desarrollaron un sistema de terrazas, y utilizan una herramienta hecha con madera y piedra para trabajar la tierra. Este instrumento tiene un característico soporte en la mitad de su estructura, que les ayuda a sujetarlo mejor y golpear el suelo con fuerza.

Es poco, aunque valioso, lo que pude conocer de los Pastos durante la reunión en casa del Ango. Quisiera comprender por mí mismo el *Cuastu*, una lengua que me suena musical y que imagino compleja y difícil. Si la guerra llega, espero que no arroje al olvido las palabras con que esta gente nombra el mundo.



## ASISTIMOS A UN FUNERAL PASTO

Nuestros corresponsales han visitado una ceremonia funeraria en territorio de los pastos. De acuerdo a lo que nos informaron, el ritual de entierro se hizo en honor de un miembro de la élite política, es decir, del grupo Piartal.

El alto rango del difunto se evidenciaba en el tamaño de la tumba preparada para él. Esta fue cavada en forma de media luna, con un ligero relieve en uno de los lados, que serviría como asiento para el cuerpo del difunto. Observamos el proceso de entierro y distribución de los objetos: en el centro, se colocaron caracoles marinos, traídos de muy lejos y de gran valor; alrededor se colocaron bancas, implementos para telares y bastones de mando. Además, se dejaron collares hechos con la valiosa concha roja, esteras de totora y adornos personales del difunto: elementos decorativos para la nariz, el cabello y el pecho. En los bordes de la tumba se colocaron vasijas de barro. Estos objetos demuestran el poder de los Piartales.



## NOTICIAS DE ÚLTIMA HORA

La reunión en la casa principal del Ango de Otavalo llegó a su fin, y en ella se hicieron algunos acuerdos. En esta noticia de última hora, sintetizamos algunos de los temas resueltos.

Existe una seria preocupación por lo que puede suceder. Los angos están en conocimiento de las intenciones del Sapa Inca Tupac Yupanqui y de la forma en que invadió, destrozó y conquistó a otros pueblos. Se debatieron varias alternativas para enfrentar una posible incursión y un enfrentamiento, esta vez, en nuestras tierras.

Una primera idea propuesta fue la de rendirse y no enfrentarlos bélicamente. Una segunda, fue la de buscar negociar la paz. Y una tercera fue la de prepararse para resistir y defender a la gente y el territorio que les pertenece.

El Puento de Cayambi, quien refirió que desde Callo los invasores se han aproximado hasta el poblado de Quynche — que forma parte de su dominio — recibió el apoyo de todos los jefes y Angos.

Al final, la opción de prepararse para enfrentar al invasor es la que ha predominado. Cada jefe o Ango tendrá que hacerlo en sus respectivos territorios. La preparación para el enfrentamiento comenzará con reforzar y ampliar las edificaciones de Cochisquí y aquellas que el Puento de Cayambi estime necesarias. A la vez, iniciarán la tarea de preparar gente y material bélico para un eventual conflicto.

## SE REFORZARÁN FORTALEZAS

Los carangues, con el apoyo de los pastos, y junto a guerreros de Pimampiro, Cosanga y Tontaquí, se disponen a reconstruir y fortificar antiguas estructuras defensivas. Está planeado levantar más de 30 montículos, algunos con rampas, en puntos estratégicos del territorio cayambi y otros tantos en los poblados aliados como Otavalo, Cochasquí y Pifo.

Se planea reutilizar fortalezas construidas para combates que tuvieron lugar hace mucho tiempo, y levantar nuevas construcciones en lugares estratégicos como Pomasqui, Lulumbamba, Quynche y Guayllabamba. En estas posiciones, los guerreros planean edificar muros de piedra y adobe, con pequeñas habitaciones destinadas al refugio y almacenamiento de provisiones. Y se ha planeado, también, rodearlos de fosos.

En la zona de Cangahua y El Quinche se planea reforzar las construcciones tanto defensivas como de ataque para enfrentar la avanzada desde el sur. Allí destaca un gran complejo de montículos y construcciones, donde se levantará una nueva gran fortaleza.

Las posiciones defensivas han sido distribuidas estratégicamente: Caisa protegerá el valle de Cayambe hacia la altiplanicie; Quitoloma, con sus tres esquinas, vigilará esos flancos; y las cuatro fortalezas de Cangahua cubrirán el frente de la cordillera que colinda con los Quijos. También en la zona se alinearán cinco construcciones, mientras que, en el occidente, Olján y Achupallas resguardarán el acceso por Guayllabamba.